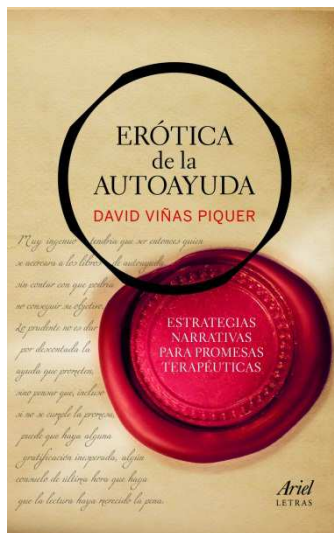


AUTOMASAJES

David VIÑAS PIQUER, *Erótica de la autoayuda: estrategias narrativas para promesas terapéuticas*. Barcelona, Ariel, 2012, 232 pp.



Tras su sugestivo estudio sobre *El enigma best-seller*, el profesor barcelonés David Viñas Piquer nos ofrece un análisis igualmente perspicaz de otro género caracterizado por su popularidad, el de la autoayuda, capaz de generar también ventas millonarias –en este sentido, también entraría dentro de la categoría *best seller*–, aunque ya no a base de ofrecer puro entretenimiento, sino algo más complicado de adquirir: nada más y nada menos que el equilibrio espiritual necesario para transitar por la vida sin sufrir sus embates. Ahí es nada.

No puede evitar el autor mostrar su escepticismo al respecto, pues su análisis demuestra que el género de la autoayuda, en su afán por conseguir el mayor número de lectores posibles, emplea unas estrategias retóricas excesivamente simplistas. La mirada inquisitiva de la que hacía gala en *El enigma best-seller* (2009) se convierte aquí en una mirada crítica. Y no le faltan razones para ello, porque *Erótica de la autoayuda* demuestra palmariamente que el género no es otra cosa que un fraude, destinado a aprovechar la situación de indefensión en la que se percibe a sí mismo el ser humano en una sociedad hiperindividualizada e hipercompetitiva. Las referencias a pensadores como Freud, Lipovetsky o Bauman son, en este sentido, obligadas, y David Viñas acude a ellos cuando lo considera necesario, con observaciones muy pertinentes. Pero éste no es un ensayo filosófico, ni sociológico, sino que entra de lleno en el campo de la teoría literaria, que es donde reposa la autoridad de este autor, y ahí es donde su análisis adquiere mayor valor.

La principal línea de estudio del género autoayuda se centra en las estrategias narrativas empleadas por sus autores para lograr su objetivo, que no es otro que el de llegar a un público mayoritario. Desde este punto de vista, se perciben numerosas

Reseñas

correspondencias con determinados modelos literarios con los que se podría establecer una genealogía. En efecto, desde que Platón hizo protagonista de sus diálogos a Sócrates, nada tiene de nuevo que un maestro apele a su interlocutor para que encuentre la verdad por sí mismo, con la desinteresada ayuda de un guía dispuesto a conducirlo por el buen camino; de la misma manera, los relatos de anécdotas que ilustren a ese interlocutor para que saque una conclusión determinada es otro procedimiento retórico sancionado por la tradición, y *El conde Lucanor* podría servir de egregio ejemplo, entre otros muchos textos procedentes de todo el mundo; tampoco es un secreto que autores clásicos como Boecio o Gracián pueden leerse en clave de autoayuda, no tanto porque se haya redescubierto su utilidad, sino porque ya los títulos de sus obras –*Sobre la consolación de la filosofía*, *Oráculo manual y arte de prudencia*– invitan al lector a hacer este tipo de lectura; de hecho, hay en la literatura clásica un aura de sabiduría ancestral que incita a relacionarlas de alguna manera con la autoayuda, algo que editores y escritores avispadados han sabido ver, como lo demuestran algunos títulos que han aparecido en las librerías en los últimos años: *Cómo cambiar tu vida con Proust* (Barcelona, Ediciones B, 2001), de Alain de Botton, o *Cómo vivir o Una vida con Montaigne* (Barcelona, Ariel, 2011), de Sarah Bakewell.

Las estrategias narrativas de la autoayuda son muy antiguas y muy elementales, y permiten asegurar la fidelidad de un público mayoritario. David Viñas las describe con toda precisión, pero su caracterización del género añade un componente hermenéutico que es el que permite separar la autoayuda de otras formas, más añejas, de literatura moral. Si el género aparece a mediados del siglo XIX, en la Inglaterra de la Revolución Industrial –los *Tiempos difíciles* (1854) de Charles Dickens–, si se desarrolla a lo largo de una centuria para culminar en la explosión de libros de autoayuda a la que hemos asistido en los últimos años, es porque incita a una lectura hiperindividualista. Como bien señala el autor, «las armas para enfrentarse a los peligros que nos amenazan están en los mercados de consumo y tiene que encontrarlas cada uno de nosotros por cuenta propia porque los peligros han de ser combatidos individualmente. Luchar en solitario es, pues, el destino de quienes viven las modernas sociedades individualizadas» (p. 163). El éxito de estos libros viene marcado, principalmente, por su capacidad de incitar al lector a que solucione «por sí mismo» sus problemas –el libro sólo le mostrará el camino que debe recorrer–, sin ayuda, ni entrometimientos, de nadie más. Con la autoayuda, toda soledad se transforma en independencia. ¿Qué más se puede pedir?

Por esta razón, el autor se inclina por una erótica, más que una poética: desde el primer momento deja clara su posición de que la autoayuda no puede considerarse literatura, puesto que conceptos como «diversidad», «complejidad» o incluso «pluralidad» le son ajenos. Frente a los ejemplos de alta literatura con los que comienza

cada capítulo –incipits conocidos y reconocidos por cualquier lector que tenga un nivel cultural medio–, la autoayuda se presenta como un discurso simplista cuya retórica atiende únicamente a la reiteración de un mensaje –«sólo tú puedes ayudarte»–, y que nada tiene que ver con los ejemplos de literatura filosófica y moral señalados arriba. Este mensaje, repetido de diferentes formas como un mantra, desarrolla una erótica destinada a ofrecer una satisfacción libidinal a través de una ilusión de poder sobre uno mismo y sobre el propio destino. Un canto de sirena que, naturalmente, se alimenta de las frustraciones del lector, y que conduce al consumo desahogado de este tipo de libros –que es, en definitiva, de lo que se trata–.

Al lector de *Erótica de la autoayuda* le sorprenderá, quizás, que su autor incluya entre los textos analizados obras de autores como Luis Rojas Marcos, Eduard Punset o José Antonio Marina, todos ellos reputados intelectuales a los que difícilmente se podría tildar de gurús, y que, no obstante, no tienen el menor problema en emplear las mismas estrategias retóricas que prometen la felicidad a cambio de dejarse dar un pequeño empujón. Puede ser que la diferencia resida en que ellos no ofrecen mostrar el camino de la felicidad, sino el de la sabiduría, pero el resultado es el mismo. David Viñas demuestra que, en cualquiera de estos casos, se insta al lector a que construya un relato de autorrealización similar, por sus mecanismos, al que promueven los más conocidos libros de autoayuda, relato destinado a proyectar un espejismo de autoestima entre lectores de nivel cultural medio o bajo. Es difícil, ante este panorama, resistirse a lanzar un apocalíptico suspiro: si ya hace tiempo que los bárbaros están entre nosotros, no deja de ser alarmante comprobar que tienen hasta quintacolumnistas.

Juan Carlos PUEO
Universidad de Zaragoza